



# El Juglar del SILENCIO

HA CUMPLIDO ochenta años, pero su imagen acuñada en el corazón de todos los hombres de buena voluntad es la de un an-gélico atorrante de galera y bastón, levita deshilachada al viento y enormes zapatonos que al caminar dibujan un ángulo obtuso; que lleva su atuendo sin pensar en él, como lo hacía Brummel, que es precisamente lo que define al dandy. Y Carlitos es un dandy y un señor a su manera.

Nunca evejece; porque es juglar y los juglares nunca envejecen. Ellos saben que la vejez es un privilegio que debería estar reservado a la juventud. Y cuando el juglar muere es para irse bailando de la mano de la muerte a un prado eternamente verde dando volteretas y saltos mortales, quiero decir inmortales, para solaz de Aquél que dijo: "Dejad que los niños vengan a mí".

Todos los juglares descienden de aquél otro que ante el estupor del Abad en las sombras y la soledad de la catedral vacía bailaba y cantaba ante la Virgen porque no sabía rezar y expresaba en su ofrenda de músicas y piruetas lo único que sabía hacer. El mundo trascendente de Carlitos es el del cine mudo, el mundo del silencio. Y su expresión el gesto que es la forma universal de la palabra. Porque el silencio, —usted lo sabía viejo Piccard— no es simplemente lo que ocurre cuando se deja de hablar. Es más que la mera negativa renuncia al lenguaje. Cuando el lenguaje cesa empieza el silencio. Pero no empieza porque

por  
**Hipólito  
Paz**

el lenguaje cesa. La ausencia del lenguaje simplemente hace la presencia del silencio más aparente.

Carlitos es un personaje escapado del universo de un juglar que pudo haberlo sido sino hubierase visto obligado a ser el insobornable fiscal del industrialismo inglés: Carlos Dickens. Los dos Carlos conocieron la patética aspereza de las cárceles inglesas donde iban a visitar a sus padres presos por el más desalentador de los delitos: las deudas; y esa imagen quedó también en los dos para atristar sus ojos que guardaron para siempre el infortunio de la niñez... Y la infancia es un largo recuerdo. ¡Si lo sabremos todos!

El juglar, perdón, quiero decir Carlitos, busca hacer reír porque a él la risa le está vedada. Presta su risa imposible para que otros rían y empeña su corazón para que otros amen. En la jungla del amor avanza a pecho descubierto. Contra viento y marea desafía aquel veraz pero horroroso pensamiento de Maquiavelo: "la gente ofende antes al que ama que al que teme". A él no le importa; prefiere que lo hieran aunque esa lesión sea mortal, si tiene —para él, pobrecito— la excusa del amor.

Carlitos tiene la prosapia del payaso. Y el juglar es el tío abuelo del payaso. A uno y otro se los conoce por su nombre. Es Carlitos, Charlote, Grok o Garrick. El apellido limita y al limitar ahoga. Un juglar, un payaso, con nombre y apellido es tan impensable como una



calesita inmóvil. Y a propósito de movimiento: juglar y payaso son nómades, están siempre en huida; y la huida es la forma física de la angustia.

Carlitos tiene la delicadeza del juglar y la ternura del payaso. Cuando en "Candilejas" salva a la bailarina de morir envenenada lo hace como pidiéndole disculpas, porque su experiencia de hombre "que ha visto" diría Nietzsche, le ha enseñado en su duro trajinar por los aledaños del café-concert del mundo que los favores no se agradecen; se vengán. Y por eso me gusta "Candilejas", porque es la derrota de la experiencia, es el revés del cotidiano, es el milagro que ilumina y da sentido a la cotidiana paradoja de que para llegar

a un objetivo hay un solo camino que es precisamente el que nos aleja de él.

Carlitos lucha contra los molinos de viento y en su derrota triunfa. Vence, por ejemplo, cuando el personaje de la florista ciega que ha recobrado su vista reconoce por el tacto, en el momento en que le da su limosna, en ese pobre atorrante al hombre que la ha salvado, y al contacto de esa piel asume la verdad evangélica de que "quien da recibe".

Es un personaje de feria medioeval que nos hace revivir las escenas no del sórdido mundo de los cómicos de la legua sino del transparente trasmundo en el que el bien es el bien y el mal es el mal. Porque nos hace volver al honrado mundo de las dicotomías en que existían los buenos y los malos. Después la vida nos hizo creer que existían los grises. Y nos reíamos ingenuamente de los buenos y los malos hasta que descubrimos que la única realidad era ésa: la de los buenos y los malos.

Carlitos tiene la tristeza de un ángel custodio fracasado pero con misión de ángel de la guarda.

Los intelectuales del cine, entre comillas y sea dicho entre paréntesis difunden a Buster Keaton como el vocero de la angustia Kafkiana. Keaton y Kafka son los profesionales de la angustia; un angustia escrita en lenguaje matemático. La de Chaplin es una angustia fraseada en poesía.

(Alberto Girri dijo una vez: "La eternidad es conservar el ángel de los orígenes". Ese privilegio tiene Carlitos.)

La angustia de Buster Keaton es impersonal. Tras mil vicisitudes llega a la iglesia donde su novia lo espera, más da la casualidad de que su novia es igual, exactamente igual a cien otras más que esperan a sus novios. "Un festín para intelectuales".

El problema de Carlitos es otro. Para ganar unos pesos y salvar a la mujer que quiere sube a un ring. A fuerza de milagrosos rounds llega hasta casi el final del último y allí, cuando el espectador está deshecho, el pobre Carlitos rebota contra la lona y afirma en su caída definitiva su heroísmo. Pero esto, naturalmente, no es para intelectuales. Carlitos es un dador de cariño universal. Sabe ¡Vaya si lo sabe! que eso no paga dividendos. Pero a él los dividendos no le interesan. Su exigencia está más en el campo del misterio que en el de la razón.

Su personaje está siempre a la diestra de la Cruz del Señor. El personaje que él creó, que vive joven con su bastón y su chistera, que ha recorrido cárceles y hospitales, trincheras y submundos, estará cuando muera, esa tarde, con El en el paraíso. ♦